EN VILO

(CUENTO)

PASCUALÍN Porres vino al mundo, llegó a 1,60 de estatura y creyó, hasta su muerte, que estaba entre personas. Como en el medio en que vivió la única persona era él, le utilizaron todos los días, de forma que Pascualín tuvo siempre trabajo, nunca dinero, usó corbata, tuvo mocasines, gemelos, sombrerito, pañuelos finos y agua de colonia. Nunca logró ir del todo bien vestido, ni del todo limpio; nunca paralizó billetes grandes ni fué más lejos de Logroño. No se casó. Paseó con amiguitas, pero no riñó con ninguna lo bastante para fundar un hogar. Se enfurrunchaba con ellas, dos, tres veces, y no volvía. Muchos se habían casado en las condiciones de él, pero dando a los demás la lata: el Banco adelantaba lo del piso, el padrino pagaba la iglesia, el viaje a Mallorca el Sindicato, el traje de la novia la madrina, los suegros el comedor, los amigos la cama, los conocidos la batería de cocina y aún quedaban en reserva parientes para pagar la cuna y el tocólogo. Demasiado impudor, descaro penoso—pensaba Pascualín—para acostarse con una mujer, aunque fuera para toda la vida, que era—decían—la forma de acostarse menos. Había que aguantarse y dormir solo. Lo contrario era forzar el débito conyugal, rugir como una fiera sobre cabezas humanas. Pascualín Porres no rebuznó como el asno, ni se llevó la gallina como la zorra, ni acaparó joyas como la urraca, ni mató corderos como el lobo, ni se rió con mala uva como la hiena, ni tuvo que huir nunca como la liebre, ni despertó a nadie como el gallo, ni se burló como el mono, ni degolló con cara de bueno como el oso. Se esforzó a diario para no dar la nota discordante en un mundo de personas que habían escrito libros exponiendo su historia y su filosofía. Un mundo que había llegado dura, penosamente a usar papel higiénico, a ponerse gafas, a almidonar los cuellos, a colgarse cintas, a cortarse y arreglarse el pelo, a distinguir el membrillo de la manzana, a legislar la injusticia, a decir con soltura realmente, no obstante, así pues, tanto monta, si tenemos en cuenta. *Pascualín Porres dió su corazón siempre con naturalidad, como una fruta propicia a todo el mundo, como algo que no era suyo del todo, como no es suyo del todo el corazón del pájaro. Y vivió su vida en vilo, echando raicillas aquí y allá, raicillas cosquilleantes, dulces, incapaces de abrir una grieta, de arañar a nadie. Raicillas como un pincelito para pintar bigotes, inocentes, frescas, a las que una lombriz descuidada podría tronchar. Pascualín Porres preguntaba a los demás*

siempre si estaban de acuerdo con sus gustos, su actitud, sus tendencias, sus palabras. Cuando cogía la gripe y le iba alguien a ver hacía más leve su respiración, estornudaba o tosía hacia la pared, inducía a la visita a marcharse pronto, a no contagiarse, a que, por él, no perdiera el tiempo. En el autobús se ponía rápido junto al conductor para no obstaculizar el paso a los que venían detrás. Los pocos libros que tenía, modosamente forrados, los había leído todo el mundo y cada día le quedaban menos. El poco dinero que ganaba era de todos, aunque tuviera que quedarse en casa o pasearse casi todo el mes. Pascualín sólo tenía dos vicios importantes: las películas, que le hacían sentirse Quijote con Gary Cooper, barbián con Burt Lancaster, tímido elegante con Anthony Perkins, galanteador con David Niven, fiera con Jammes Deam, feminoide morboso con Elvies Priestley. Las películas y los escaparates—sólo el escaparate—de las librerías y papelerías. Un cortaplumas de hueso, una caja de lápices de colores, una enciclopedia o un cuento bien editados, un rosario de pétalos de rosa, un libro con buena faja, le fascinaban sin saber por qué. Proyectaba su compra y nunca la hacía. Pascualín apoyaba su charla en frases así: "He pensado... Claro, si no os parece mal..."; "Oye, ¿no te importaría...?"; "Pasa, pasa tú..."; "¿Os gusta el género de este traje...?"; "¿Te parece bien que vayamos...?"; "Deja: llevo suelto..."; "Lo que yo quise decir..."; "Perdón, me he retrasado porque..."; "Si no os parece bien, lo decís..." Rectificaba, rectificaba siempre de buen grado, aunque le violentase, aunque otra le quedara dentro, porque no quería molestar, no quería dañar, sino, al contrario, andar en vilo, de puntillas, delicadamente, por este mundo de rosas, este gran mundo civilizado, lleno de personas.

Pero los compañeros, los amigos, los parientes, las personas que, al principio, le habían dicho lo que les parecía bien o mal, mirándole, desde luego, como a un ser absurdo, acabaron equivocándole para reírse. Consiguieron que llevara corbatas verdes con trajes azul marino, le citaron de madrugada y no fueron, le hicieron perderse películas buenas, escurrieron el bulto cuando les pidió algo, murmuraron y se burlaron de él a sus espaldas porque se emperraba en algo humanamente imposible: que hablaran de él con mesura, que tuvieran en cuenta su generosidad, su entrega, que por lo menos uno de ellos fuera lo que él creía que eran todos: persona.

En sus últimos años, se le destiñó la ilusión a Pascualín Porres. Contra lo que pensaba su corazón y sentía su cabeza, los fuegos fatuos de la burla le asaltaban con excesiva frecuencia cuando no quería verlos, que era siempre. Murió pronto, porque él sabía que una visita larga molesta, que hay que estar sólo el tiempo justo. Su estancia entre los vivos fué una visita muy correcta. Antes de morir, miró con apuro las dos o tres caras conocidas que había en su cuarto. Les dijo: "Por favor, si notáis que me muero, avisadme." Los otros se miraron pensando: "Este es idiota; no cambia." Y no dijeron nada. Porque esta vez les parecía demasiado revelarle lo que el médico había dicho, o lo contrario: mentirle. Se callaron mirándole con desprecio y conmiseración. ¡Pobre Pascualín Porres! ¿Qué querría hacer cuando le avisaran? ¿Cerrar sus ojos para no molestar luego a las personas; cruzar sus sensibles, consumidas manos; ponerse el

pantalón de la mortaja; echarse agua de colonia; juntar bien las piernas? ¡Con lo que luego gozaron haciéndoselo ellos!

El coche mortuorio, con Pascualín dentro, pasó de prisa, desentendido, ante el cine que él frecuentaba, ante el renovado escaparate de la Papelería-Librería-Objetos de Escritorio donde tantas veces se paró Pascual. Ahora, de haber podido, habría visto un libro con una faja que decía casi a media voz: "La fuerza del vampiro reside en el hecho de que nadie cree en su existencia."



MEDARDO FRAILE